
Alejandro Angulo N., S. J.

LA SOCIEDAD JUSTA*

En San Pablo, la metrópoli brasileña, se había desarrollado una de las más resonantes huelgas del Brasil: la de los constructores de automóviles. En las primeras líneas del movimiento estuvo el arzobispo de San Pablo, cardenal Pablo Evaristo Arns, porque no solo apoyó a los huelguistas sino que desenmascaró a los empresarios.

El discurso papal tiene como telón de fondo esa huelga. Y en tal escenario afronta los dos grandes problemas de la ciudad: el trabajo de la fábrica y el poder mortífero de la urbanización.

El crecimiento de la industria trajo consigo el nuevo tipo de esclavitud. Los déspotas contemporáneos podrían ser los presidentes, gerentes y capataces de las empresas. Los esclavos modernos serían los proletarios. Pero el resultado es siempre la desigualdad, porque el de arriba se apropia no solo de lo que le pertenece por derecho, sino que se adueña igualmente de lo que al de abajo le corresponde por el mismo derecho. Pero para que esta contradicción no sea tan insoportable el de arriba construye una ley que consagre su derecho y anule el

* Discurso a los obreros de San Pablo (Brasil) pronunciado el 3 de julio de 1980.

de su colaborador. En esta forma el bien común deja de serlo y la organización social se eleva sobre un cimiento falso.

El Papa advierte, al romper, que esa construcción es deleznable y que se derrumbará ella sola porque es injusta. Y al propio tiempo previene que arrasar con la violencia semejante adefesio, es sustituir una injusticia por otra. El camino es "optar decididamente por una noble lucha a favor de la justicia social". Lo cual supone reconocer la dignidad del trabajo, a lo cual el capital siempre se ha negado por principio; asumir el trabajo como un servicio, lo cual raras veces ocurre en tales circunstancias; y tomar el trabajo como una disciplina, con lo cual podría enriquecerse la personalidad, de lo que pocos se preocupan, afanados por el consumismo.

De otro lado, el Pontífice mira con pena la soledad típica del ciudadano que termina por triturarlo. Y ve las causas en esa inversión del trabajo que deja de ser la realización del hombre para convertir al hombre en expresión del trabajo. Ansiosos o agotados por su alienación los hombres de la ciudad no tienen ni ganas de dirigirse la palabra. Para Juan Pablo II, que vivió esas realidades, la solución comienza por la fe en Jesús, el hijo del carpintero, pero se consolida en el derecho y la práctica de la asociación: desde el sindicato que impide la explotación en la fábrica, hasta las comunidades de base que suprimen el anonimato por medio de la comunión eucarística y la amistad en el servicio del barrio. "Este es el secreto de vuestra alegría, de una alegría que al brotar de vuestros corazones, se irradiará en vuestros rostros y en el rostro de la ciudad como señal de que es una ciudad humana".

Párrafos selectos:

"La Iglesia, cuando proclama el Evangelio, sin abandonar, por otra parte, su cometido específico de evangelización, trata de conseguir que todos los aspectos de la vida social, en los que manifiesta la injusticia, sufran una transformación hacia la justicia. ¡El bien común de la sociedad requiere como exigencia fundamental que la sociedad sea justa! La persistencia de la injusticia, la falta de justicia amenaza la existencia de la sociedad desde dentro, de la misma manera que todo lo que atenta a su soberanía o trata de importarle ideologías o mo-

delos, todo chantaje económico y político, toda fuerza de las armas puede amenazarles desde el exterior”.

“Esta amenaza, que viene desde dentro, existe de hecho cuando, en el ámbito de la distribución de los bienes, se confía únicamente en las leyes económicas del crecimiento y del mayor beneficio; cuando los resultados del progreso afectan marginalmente, o no afectan de hecho, a amplios estratos sociales de la población; dicha amenaza existe incluso mientras hay un abismo profundo entre una minoría muy fuerte de ricos, por una parte, y la mayoría de los que viven en la necesidad y en la miseria, por otra”.

“Trabajáis en el ambiente de una gran ciudad, la cual continúa creciendo rápidamente. Ella es un reflejo de las increíbles posibilidades del género humano, capaz de realizaciones admirables, pero capaz también, cuando faltan la animación espiritual y la orientación moral, de triunfar al hombre”.

“Los niños, los jóvenes, los adolescentes, no encuentran espacios vitales para desarrollar plenamente sus energías físicas y espirituales, recludos muchas veces en ambientes malsanos o constreñidos a la calle donde discurre el tráfico, entre edificios de cemento y el anonimato de la muchedumbre, que se consume sin conocerse jamás”.

“Los cristianos tienen el derecho y el deber de contribuir en la medida de su capacidad a la edificación de la sociedad. Y lo hacen por medio de cuadros asociativos e instituciones, los cuales la sociedad libre elabora con la participación de todos”.